

CAPÍTULO I



El viejo (como él acostumbraba a llamarse en sus días de moral más baja), sin comerlo ni beberlo, se había topado con aquella situación tan desagradable. Había salido por el simple hecho de dar un paseo y tomar el aire, cuando, antes de doblar la esquina, escuchó el sonido inconfundible de unas bofetadas. Quien las había recibido no había gritado, pero sí pudo escuchar sus gemidos de dolor.

—¿Te ha dolido? —escuchó preguntar a la voz de un hombre.

No hubo respuesta.

—¿Te ha dolido? —insistió la misma voz, pero dando muestras de impaciencia.

—Sí —un murmullo. Se trataba de una mujer.

Otro fuerte sonido de bofetada.

El viejo dobló la esquina.

Cinco hombres, todos menos uno vestidos con chaqueta de cuero, acorralaban contra la pared a una joven. Mateo supo por su vestimenta, un traje demasiado corto y ajustado de color rojo y unas medias, ahora llenas de carreras, que se trataba de una prostituta. Al aparecer él, el que estaba frente a ella y que vestía un elegante traje de chaqueta y pantalón, se volvió con rapidez para mirarle. Después, el resto, incluida la chica, también se volvió hacia el anciano.

El viejo fijó con tranquilidad sus ojos en la chica y comprobó que sus me-



jillas estaban rojas y que un moretón empezaba a formarse en la barbilla. Aun así, le sorprendió ver que no lloraba.

—¿Desea algo? —preguntó divertido el hombre del traje.

—Sí. Que dejéis en paz a la dama.

—¿A la dama? —repitió. Todos estallaron en fuertes carcajadas.

—Sí, a la dama —repitió el anciano, ignorando las risas—. Si por su trabajo no la consideráis una dama, entonces vosotros no sois más que unos cobardes asquerosos que lo único que tenéis en esta vida es dinero, y ni eso, porque si no es por la violencia seríais tan inútiles que no podríais ganar ni un duro.

Las risas cesaron al instante.

El hombre del traje empezó a acercarse a él. Antes de que diera dos pasos, la chica le cogió por la manga, rogando:

—¡No! Por favor, déjale.

El hombre del traje se volvió para abofetearla de nuevo y uno de sus compinches la cogió por el cuello mientras la estrellaba con violencia contra la pared.

—No vuelvas a tocarle sin su permiso, zorra —siseó entre dientes el que la tenía por el cuello.

El hombre del traje se volvió de nuevo hacia el anciano y, sin mediar palabra, le propinó dos puñetazos en el ojo. El viejo cayó al suelo.

—¿Sabes quién soy? —preguntó el hombre del traje.

—Sí, eres familia de Peláez —respondió el viejo. Iba a añadir una familia de mafiosos, pero decidió callarse.

—Primo, para ser más exactos. Creo que esto lo dice todo. Así que la próxima vez que me veas no te metas en mis asuntos, ¿está claro?

Dicho esto le dio una patada en el estómago. Después, se volvió de nuevo hacia la chica y dijo:

—Tú sabes que yo no suelo ser tan violento, ¿verdad? Pero hoy estoy especialmente cabreado... y he pensado en ti, ésa es tu mala suerte, ésa es la suerte que tienes por ser una preciosidad.

El hombre del traje le acarició el pelo con suavidad y después le dio dos puñetazos en el estómago. La chica cayó al suelo sin respiración.

Por último, el hombre sacó unos billetes de su chaqueta y los arrojó sobre el cuerpo caído de la chica.

—Ésta es la paga por tus servicios —dijo—. Ya nos veremos otro día.

Los hombres se pusieron en marcha. Al pasar por el lado del anciano, el hombre del traje inclinó la cabeza a modo de saludo mientras le sonreía con cinismo. El último de los hombres, el mismo que había cogido por el cuello a la chica (un hombre de gran tamaño y pelo rubio), pisó su tobillo, elevó la otra pierna, dejando todo el peso de su cuerpo sobre el frágil tobillo del anciano, y siguió su camino.

Mateo, sin salirle ningún tipo de sonido por la garganta debido al dolor, se llevó las manos al tobillo. Temió que pudiera habersele partido, pero por suerte (se dijo para tranquilizarse), no había escuchado ningún crujido. De todas maneras, para sentirse más tranquilo, se dispuso a mover el pie. Su tobillo esta vez sí crujió, pero consiguió girar el pie una y otra vez.

De pronto sintió una mano sobre su hombro. Miró y vio que se trataba de la muchacha. En verdad, lo único que había dicho ese hombre del traje que

mereciera la pena ser escuchado era que esa chica era una preciosidad. Ni los moretones de su rostro, ni su labio partido conseguían eliminar la cara de muñeca de aquella mujer. Era de piel blanca y suave. Sus grandes ojos, con el rimel corrido, eran de un frío azul, idéntico al del cielo en una despejada tarde veraniega. Su nariz era pequeña, y el pelo, rubio, caía ondulado hasta sus hombros.

Se preguntó, sin poder evitar cierta tristeza, cómo una chica así tenía que dedicarse a la prostitución.

—¿Se encuentra bien, señor? —dijo, clavando en él sus bonitos ojos.

En ese momento, algo en su mirada hizo al viejo sospechar que aquella chica no llevaba mucho tiempo en las calles.

—Sí, muy bien. ¿Y usted?

—No tenía que haberse metido. Esos tipos son muy peligrosos.

—¿Y dejar que maltraten a una dama? No, señorita, yo aún poseo el tipo de cortesía de las de antes.

El viejo sonrió, pero la chica permaneció impasible.

—Dama —repetió la muchacha—. Le ha costado caro esa palabra.

—Dicen que la verdad duele.

La chica, sin que ningún tipo de emoción acudiera a su rostro (parecía que había perdido el valor de los halagos), bajó la mirada al tobillo del anciano.

—¿Le duele?

—Un poco.

—¿Quiere que lo lleve a algún sitio?

Mateo permaneció en silencio un momento, después, dijo:

—Sí, la invito a cenar.

La chica bajó la mirada con tristeza al suelo.

—No puedo.

—Sí que puede. Hoy la cena ya no tendrá que pagársela... y además, necesito de sus servicios para poder desplazarme —la chica guardó silencio—. Por favor, señorita. Me gustaría poder acompañarla.

Por primera vez, el labio de la chica tembló en una ligera sonrisa.

—Está bien —aceptó.

Donde el anciano llevó a la dama quizás no fuera el restaurante más elegante de la ciudad, ni siquiera era un restaurante, pero a él le parecía idóneo. Era una especie de pub donde lo mismo podías sentarte a comer y, sobre todo, beber, que salir a bailar a una pequeña pista que tenían allí. También era un sitio donde podían pasar más desapercibidos; entre el humo, los ruidos, la música y la gran cantidad de borrachos se hacía difícil que alguien se entretuviera mucho tiempo en mirarlos (aunque lo hacían, sobre todo a ella). Pero en verdad, lo que lo había hecho decidirse a llevarla allí, eran las grandes y deliciosas hamburguesas que preparaban. Y había acertado.

—¡Esto está buenísimo! —había exclamado la chica al primer mordisco. Después, en un abrir y cerrar de ojos, ya se la había comido, junto con las patatas.

El hombre le ofreció otra, pero ella se negó a comer más; así que cuando terminó la suya, pasaron a la bebida.

Temió que la chica no bebiera alcohol o no quisiera hacerlo, pero al pare-

cer, aquella señorita estaba demasiado triste, o tenía demasiadas ganas de olvidar como para negarse a unas cuantas copas. Eso alegró a Mateo.

Veía con satisfacción cómo, poco a poco (por supuesto con la ayuda del alcohol), la chica se sentía más a gusto con él, confiaba y se abría más, y por lo tanto, le hablaba más. Lo único que sentía era que Angélica (así se llamaba) no sonriera casi nunca, ni pareciera más alegre... «pero bueno —pensó—, quizás fuese mejor así».

Cuando creyó que la muchacha estaba bastante borracha y mientras ésta contemplaba con mirada ausente a la gente bailar, el anciano preguntó:

—¿Por qué te dedicas a la prostitución?

La muchacha siguió mirando la pista de baile un momento, después, volvió sus ojos hacia él, y respondió con voz neutra:

—Por mi hijo.

Mateo asintió.

—Para mantenerlo, supongo —dijo con prudencia el anciano.

—Para mantenerlo con vida —respondió—. Está enfermo.

—¿No tienes trabajo...? Otro trabajo, me refiero.

La muchacha negó con la cabeza. El viejo notó que estaba a punto de llorar.

—Nicola no está en este país. Necesito dinero para traerlo y curarlo. Sólo aquí pueden tratarlo.

—Y necesitas dinero de la manera más rápida posible.

La chica asintió.

—Por eso tienes que aguantar lo que he visto hoy.

Volvió a asentir y su cara pareció ruborizarse un poco.

—Esa gente paga muy bien —dijo, excusándose.

—Angélica, quiero que escuches una cosa —el hombre extendió los brazos por encima de la mesa y, esquivando los vasos, cogió la mano de la chica. Notó que estaba helada y temblaba—. Bien sabes que esa gente es peligrosa, y que tienen mucho dinero y poder en esta ciudad... pero con lo que quizás no hayas contado es que cuando consigas el dinero y quieras alejarte de ellos, no te dejarán. Me preocupa que veas o te enteres de algo que ellos no desean que sepas y acaben con tu vida.

—No paso mucho tiempo con ellos, tan sólo sexo.

—Ése que te ha pegado es hermano de José —continuó Mateo, ignorando a la chica—. Es líder de la mafia local, y primo de Peláez, alcalde de esta ciudad; cualquier trapo sucio que puedas saber de ellos supondrá una amenaza para su imagen, sobre todo para la de Peláez, y a José le conviene que Peláez sea alcalde.

—Parece que conoces bien a esa familia —comentó la chica, mirándole con recelo.

—En todos lados es igual. La corrupción es así. Lo de estos tipos es un secreto a voces; hasta tú, que llevas aquí poco tiempo, sabes que no son buena gente.

—¿Me estás pidiendo que deje el trabajo?

—No, de momento te estoy pidiendo que tengas cuidado.

—¿De momento?

—Sí, quiero ayudarte.

La chica se deshizo de las manos de Mateo y preguntó:

—¿Piensas pagar la operación?

—No... a decir verdad no tengo mucho dinero. Pero conozco a mucha gente; creo que podría conseguirte un trabajo fuera de esta ciudad.

—Veras, Mateo... Creo que en un mes... quizás en algo más, ya tendré el dinero suficiente para traer a mi hijo y empezar el tratamiento. Después, ya se verá, pero quizás en un plazo de seis meses todo haya acabado. Cogeré a mi hijo y sin decir nada a nadie me iré de aquí. Ésos son mis planes y dudo mucho que en un trabajo, sobre todo teniendo en cuenta mis posibilidades, consiga el dinero de forma más rápida.

El viejo permaneció en silencio, con los ojos en blanco. Esta vez fue la chica la que cogió las manos del hombre y dijo:

—Agradezco mucho tu interés. Eres muy amable... el más amable desde que estoy aquí, pero no quiero que hagas nada más por mí.

Después, Angélica cogió su bolso, su abrigo, y se puso en pie.

—¿Tampoco quieres que te acompañe? —preguntó Mateo sin levantarse.

La chica negó con la cabeza y empezó a rodear la mesa hasta pararse a su lado. Cuando llegó, se inclinó y besó la mejilla del anciano. Por último, incorporándose, se dispuso a irse.

Antes de que diera un paso, Mateo la asió por la muñeca, y cuando la chica se volvió para mirarle, dijo:

—De todas maneras intentaré ayudarte en lo que pueda.

Angélica le mostró una sonrisa cariñosa y triste a la vez, y empezó a caminar hacia la salida.